

José María  
Ridao

# REPÚBLICA ENCANTADA

Tradición, tolerancia  
y liberalismo en España

TUSQUETS  
EDITORES



José María Ridaó  
REPÚBLICA ENCANTADA  
Tradición, tolerancia  
y liberalismo en España

TUSQUETS  
EDITORES

1.<sup>a</sup> edición: mayo de 2021

© José María Ridao, 2021

Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-966-2  
Depósito legal: B. 5.201-2021  
Fotocomposición: David Pablo  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

La otra tradición . . . . .	11
España árabe, España musulmana . . . . .	53
Castilla contra la cristiandad . . . . .	91
La revolución cervantina . . . . .	121
Las ciencias del Estado. . . . .	159
Las ciencias de la nación . . . . .	193
El fuste torcido del liberalismo español . . . . .	231
Despedida en Larache. . . . .	269
Apéndices	
Notas. . . . .	319
Índice onomástico . . . . .	327

## La otra tradición

Mi familia es originaria de un pequeño pueblo de Almería, del que todos mis abuelos se vieron obligados a emigrar. Mi abuelo paterno, nacido con el siglo, a Estados Unidos, adonde llegó después de caminar hasta Málaga, embarcar en un carguero rumbo a México y cruzar clandestinamente el Río Grande gracias a la ayuda de una familia de hispanos que lo acogió durante tres días, ocultándolo de una redada policial. Años más tarde, mi otro abuelo emigró a Alemania, a raíz de que viejas querellas familiares arrastradas desde la Guerra Civil le privaran del almacén de vinos con el que mantenía a su mujer y sus hijos. Fue a través de este abuelo, el único capaz de leer y escribir con fluidez en aquella generación de mi familia, como llegó a mis manos *Campos de Níjar*, obra en la que Juan Goytisolo describe una realidad que conocí bien desde mi infancia y a la que me enfrenté con desasosiego al cumplir los catorce o quince años. Habiendo nacido y pasado mi primera adolescencia en Madrid, vivía durante la mayor parte del tiempo rodeado de las comodidades propias de una familia de clase media, mientras que, al llegar el verano, el entorno se transformaba y adquiría el aire de desolación y desesperanza que Goytisolo

describía, denunciándolo, en sus primeros libros. Las casas carecían de agua corriente y de luz eléctrica, y productos básicos que se encontraban en cualquier establecimiento de la capital eran allí inexistentes. A primera hora de la mañana, un pastor llamaba a la puerta rodeado de su rebaño de cabras, y las ordeñaba colocando bajo las ubres la lechera de metal que le entregaba mi abuela. El pan, apelmazado y correoso, llegaba una vez por semana, gracias a un panadero itinerante que hacía sonar el claxon de su furgoneta con una cadencia característica.

El mismo contraste se reprodujo, aunque atenuado, cuando en noviembre de 1974 mi familia se trasladó a Málaga. De Málaga recuerdo, sobre todo, el colegio de jesuitas de El Palo, de donde fui expulsado poco después de los últimos fusilamientos del régimen de Franco, en 1975, y también mi estrecha amistad con Juan Pablo Martín-Santos, hijo del autor de *Tiempo de silencio*, enviado por sus tutores desde San Sebastián para alejarlo de los círculos terroristas vinculados al nacionalismo vasco. Gracias a él, y al sencillo gesto con el que un día, husmeando en una librería de la calle Nueva, sacó un volumen de un estante y dijo, simplemente, «este libro lo escribió mi padre», comprendí que la afición por la lectura, heredada de mi abuelo materno, requería de la vocación simétrica de la escritura, y que los autores no eran criaturas fabulosas sino seres de carne y hueso. Juan Pablo me contó del dolor por no tener recuerdos de su padre ni de su madre, muertos en trágicas circunstancias siendo él una criatura, y del agradecimiento que sintió hacia los míos cuando vinieron en nuestro auxilio al acabar

los dos en una comisaría a consecuencia de un altercado pueril con unos muchachos mayores que nosotros mientras oscurecía en los jardines de Gibralfaro. Juan Pablo vivía en Málaga con su abuela materna y su tía Solange Laffon, una bellísima mujer a la que, no sé por qué, recuerdo siempre vestida con telas de India, y que, según supe años más tarde, había sido el gran amor de Juan Benet. De ella y de la madre de mi amigo Juan Pablo habla Benet en el que tengo por uno de sus mejores libros, *Otoño en Madrid hacia 1950*.

No puedo decir que mi primera incursión en *Tiempo de silencio* fuese satisfactoria: la abordé demasiado joven, y llegué a la última página sin haber desentrañado las claves de una narración que destruía las de cuanto había leído hasta entonces. La perseverancia, sin embargo, fue recompensada en las innumerables lecturas y relecturas posteriores, en las que no ha dejado de crecer mi admiración por la novela y la afinidad hacia la plétora de ideas que Martín-Santos alcanza a deslizar en diversos episodios. A lo largo de las páginas de *Tiempo de silencio* se entrevén la polémica de la ciencia y la represión inquisitorial, la cortedad del franquismo y la miseria económica y moral en la que sumió al país. No es por azar por lo que Martín-Santos comienza evocando la profesión científica en España y concluye con el martirio de San Lorenzo, sugerido a su protagonista, Pedro, por la contemplación desde el tren de la planta de parrilla de El Escorial cuando, clausuradas sus ambiciones de investigador en Madrid, encara un mediocre destino como médico rural. Ni responde tampoco a la casualidad

que Martín-Santos desarrolle en unas páginas cargadas de emoción una interpretación de *Don Quijote* y un elogio de la figura de Cervantes como defensor de la libertad que rompen radicalmente con la de la generación del 98, entonces todavía vigente, y que, leídas en contexto, representan un soberbio desafío a la uniformidad ideológica impuesta por la dictadura. La parodia de la conferencia en la que Ortega deslumbra a un público biempensante con la banalidad del perspectivismo, ilustrada a través de una manzana, desvela la vaciedad de quien Juan Goytisolo llamó primer filósofo de España y quinto de Alemania, y, simultáneamente, su ambigua recepción en una sociedad anestesiada, continuada hasta hoy. Cuando años después, al emprender una lectura sistemática de la obra de Franz Kafka, encontré que en uno de sus aforismos recurre también a la imagen de una manzana para poner en contraste la distinta perspectiva que tienen de ella un niño y el anfitrión que se la ofrece a un visitante, dudé de si lo que Martín-Santos transmitía en *Tiempo de silencio* era otra cosa, además de la pretenciosa banalidad de las ideas de Ortega. Las huellas de Georg Simmel en la obra de Ortega son innegables. Y Jorge Semprún, por su parte, encontró la expresión «yo soy yo y mi circunstancia», de Avenarius, en *Materialismo y empiriocriticismo*, la mayor incursión filosófica de Lenin. De ello dejó constancia en la novela *Veinte años y un día*, en cuya presentación en Madrid me invitó a acompañarlo.

Ignoro si experiencias como esta, que permiten conocer los dos lados de una frontera invisible para quienes solo habitan en uno, son determinantes en la



adopción de una posición intelectual. Solo sé que, por lo que a mí respecta, encontrar la realidad de mis orígenes en los libros de Juan Goytisolo, que mi abuelo leía con devoción, me animó a aventurarme en sus ensayos y en lo que él llamaba la España de Fernando de Rojas, ese complejo universo de conversos, pícaros, mudéjares, iluminados y herejes que, en sus creaciones, devuelven en forma de humor y soterrado desafío el terror que buscaba imponer la Inquisición. Gracias a Goytisolo y a las preocupaciones que reiteradamente abordaba en sus ensayos entré en contacto con los autores que, como Américo Castro, Vicente Lloréns o Francisco Márquez Villanueva, a quien tuve ocasión de tratar en Francia y Estados Unidos, señalan la incontestable continuidad que existe entre la interpretación de las grandes obras artísticas de los siglos XVI y XVII y la manera en la que se narra el pasado peninsular. Esa relación fue el objeto de la primera conversación que mantuve con Goytisolo en París en 1993, donde él recalaba de cuando en cuando para reunirse con Monique Lange, uno de los seres más discretos y generosos que he conocido. Goytisolo me citó a las cinco de la tarde de un día de mayo para lo que, según creí, sería una visita de cortesía, concertada a raíz de caer en sus manos unos ensayos míos sobre el pasado andalusí y localizarme para comentarlos. Oscurecía ya y, sin embargo, seguíamos hablando sobre la generación del 98 y su interpretación de Cervantes, así como de la importancia de perseverar en la labor crítica iniciada por Américo Castro.

Este y los sucesivos encuentros con Goytisolo, reiterados con creciente frecuencia en las semanas y

meses siguientes, me animaron a escribir los ensayos de *Contra la historia*, algunos de los cuales existían como tentativas y borradores redactados durante los años que pasé como diplomático en África y la Unión Soviética, entre 1988 y 1992, antes de recalar en París. Solo con el tiempo he llegado a comprender cómo las experiencias que alcancé a vivir allí modificaron la visión de la historia de España que había empezado a fraguar en mi lectura juvenil de Goytisolo, seguida de la más sistemática de Américo Castro durante unos meses en Londres, justo al terminar mis estudios de árabe en la universidad de Madrid y antes de concluir los de Derecho. África me sedujo nada más aterrizar en una Angola todavía en guerra. En la capital, Luanda, la trágica cosecha de cadáveres que dejaban las constantes escaramuzas entre la guerrilla y las tropas del gobierno, cuyos ecos solían despertarme de madrugada, era retirada antes del amanecer y conducida en camiones hasta la morgue municipal, no lejos de mi casa. Los gritos y danzas de familiares y plañideras con los que solía cruzarme cada día acabaron por desmentir en poco tiempo la imagen con la que, como europeo, había llegado a un país africano sumido en la violencia, mostrándome que el exotismo no es la cualidad de algunas realidades, sino una manifestación de superioridad al contemplarlas. No fue una lección irrelevante en la evolución de mi posición ante la historia de España —y en general, sobre los diversos asuntos que han venido interesándome como escritor— descubrir la verdad elemental de que las madres africanas sufren atrozmente la pérdida de sus hijos, lo mismo que estos sienten la de sus padres, y

que la variedad de ritos fúnebres que existen en todas las tradiciones no se corresponde con ninguna diferencia en la intensidad del dolor que intentan conjurar. Haber vivido en África me hizo preguntarme si relativizar el sufrimiento provocado por guerras, exilios, persecuciones, cárceles y hogueras que marcan el pasado peninsular no sería también la consecuencia de arrojar una mirada exótica sobre episodios distantes, no en el espacio, sino en el tiempo.

Seguramente nunca me habría propuesto depurar los prejuicios que vuelven extraño un mundo que en Angola se me reveló idéntico, y una humanidad que es única en todas latitudes, de no ser por la posibilidad de contrastar con mis propios recuerdos la narración de los acontecimientos de aquellos años que merecieron la atención de la historia. Así, los estertores de la guerra fría se confunden en mi memoria con la majestuosa dignidad de los guerreros mucubal en las proximidades de Tombua, en el sur de Angola, atravesando la ciudad en rigurosa formación para proteger a sus mujeres, niños y animales raquíticos de los ataques en los que participaban aviones de fabricación soviética. Y también con el aroma de los jacarandás en flor durante las escalas en Harare camino de Sudáfrica y las letanías de los mendigos ciegos en Manika Street, vestidos con túnicas blancas y cogidos de la mano en largas hileras de desamparo. El mismo día en que llegué a Johannesburgo en uno de mis frecuentes viajes a Sudáfrica durante la época en que viví en Angola, coincidió con la fecha en la que el gobierno de Frederik de Klerk puso en libertad a Nelson Mandela. Acababa en ese mismo momento el ré-

gimen de *apartheid* instaurado por Cecil Rhodes, cuyos estragos había podido observar al aventurarme en algunos *townships* cercanos a Johannesburgo y Ciudad del Cabo, como también en un viaje al bantustán de Bofutatsuana, una suerte de reserva negra en el norte de Sudáfrica creada por el régimen racista en 1968 según el modelo empleado en Estados Unidos con los indios. La sensación de transitar por un país próspero cesaba como por ensalmo tras cruzar la frontera ficticia de Bofutatsuana, donde regresaban las imágenes del África doliente que había dejado en la Angola en guerra: el polvo rojizo de la laterita impregnaba el aire y los paisajes, y junto a la carretera descuidada aparecían hombres y mujeres con las ropas raídas y llevando de la mano a niños famélicos. Me impresionó la lejanía que transmitía su mirada suplicante mientras permanecían apostados a pleno sol en los arcones, sin hacer nada, como si el *apartheid* se hubiera convertido en una prisión invisible que los acompañaba allá donde fueran.

Recelando una revuelta de los guetos, la minoría blanca que vivía en el centro de Johannesburgo cerró las oficinas y los comercios al saber de la liberación de Mandela, recluyéndose a la espera de acontecimientos. Recién llegado del aeropuerto y sin entender exactamente lo que sucedía, caminé largo tiempo por las calles vacías, hasta que finalmente pude localizar por teléfono a un amigo que, conminándome a que no me moviese de donde estaba, vino a buscarme en su automóvil y me ofreció alojamiento en su casa de las afueras, hermosa y acogedora pese al laberinto de rejas y dispositivos de seguridad. Fue él quien me informó

de lo que sucedía, y también de que la totalidad del país estaba expectante, aguardando el discurso que Mandela pronunciaría ante la multitud reunida para recibirlo en Ciudad del Cabo. Nada más aparecer ante sus seguidores después de veintisiete años encarcelado, Mandela ordenó que cesaran los cánticos y las danzas *gumboots*, creadas en las minas y convertidas en símbolo contra el *apartheid*. «Os saludo en nombre de la paz, la democracia y la libertad», fueron sus primeras palabras. «Hoy estoy aquí no como profeta, sino como vuestro humilde servidor. Vuestros sacrificios heroicos lo han permitido.»

Esta intervención en Ciudad del Cabo me vino a la memoria años después cuando, tras la caída del coronel Muamar el Gadafi en Libia, el líder de los insurgentes, Mustafa Abdel Jalil, se dirigió a la multitud reunida en Bengasi para celebrar el final de la dictadura diciendo: «Alzad bien vuestras cabezas, sois libios libres». Fueron las palabras de Mandela en aquel mes de febrero de 1990 las que me hicieron sospechar de las de Abdel Jalil y temer que comprometerían el futuro de Libia tras la efímera primavera árabe, y así lo escribí entonces en un artículo titulado «Teoría y práctica del tiranicidio».<sup>1</sup> Mientras que Mandela se presentó a sí mismo como servidor de los sudafricanos, cuyo sacrificio, según reconocía, había abierto las puertas de la prisión, Abdel Jalil comparecía ante los libios como el caudillo que había conquistado la libertad en su nombre. Ahí residía el riesgo, que no era otro que el que entraña siempre el tiranicidio. Reconocerlo o no como derecho ha sido un asunto recurrente en la teoría política desde el padre Mariana,

cuando, en realidad, las contadas ocasiones en las que el tiranicidio se ha consumado desencadenó una urgencia más relevante que determinar su legitimidad o ilegitimidad. Desde el momento en que el tiranicidio se reconoce como un derecho, sus titulares son todos y cada uno de los individuos que se encuentran sometidos a un soberano injusto. Y puesto que entre estos individuos suele desarrollarse una lucha de poder tan encarnizada como la que libran todos juntos contra el tirano, la legitimidad política para sucederle corresponderá a aquel que logre efectivamente derrocarlo. Es en este punto donde, según entiendo, toma forma una siniestra paradoja que hace que, como en el caso de Abdel Jalil y a diferencia de Mandela, derrocar a un tirano en nombre de la libertad conduzca con frecuencia a una nueva tiranía. La paradoja del tiranicidio que comencé a entrever en Sudáfrica parecía estar también detrás de la interminable sucesión de guerras civiles y pronunciamientos que había convertido la historia de España en un trágico bolero de Ravel, en el que cualquier final es solo el anticipo de un nuevo comienzo. El motivo no había que buscarlo en la trivialidad de proyectar sobre el pasado teorías psicológicas acerca del comportamiento de los individuos, extrapolándolo al de los pueblos, sino prestando atención a uno de los problemas más descuidados en la narración del pasado peninsular, los problemas de legitimidad política, de los que, por mi parte, empecé a tomar conciencia mientras completaba los estudios de Derecho en Madrid.

A punto de terminar mi estancia en Angola a comienzos de los noventa, imaginé por unas pocas semanas que el imparable dominó de acontecimientos que me había tocado vivir en África llegaría a su final. En la desvencijada casa de dos plantas y exuberante jardín tropical que ocupé en la calle Comandante Dak Doy, asomada al Atlántico desde lo alto de una colina, había tratado de interpretar el cúmulo de experiencias que, con el tiempo, he llegado a considerar el más preciado obsequio de la profesión que elegí con veinte años. Además del final del *apartheid*, durante los años que permanecí en Angola asistí a la independencia de Namibia y también a la retirada de las tropas enviadas por Fidel Castro para contener a los sudafricanos que, apoyando a la guerrilla de Jonás Savimbi, habían llegado hasta las inmediaciones de Luanda en los primeros compases de la guerra civil que siguió a la retirada de los portugueses, en 1975. El amplio ventanal de mi despacho daba sobre la bahía de Luanda, y, enfrascado en papeles y documentos desde primera hora, no advertí una mañana que las aceras bulliciosas habían quedado repentinamente desiertas y en silencio. Cuando me asomé, se adivinaban a lo lejos los primeros camiones con las tropas cubanas que enfilaban hacia el puerto, abriendo la marcha a una interminable formación de tanques y remolques con artillería pesada. El convoy se cerraba con vehículos de transporte hasta perderse de vista, sobre los que venían cajones cuadrados que, según dijo alguien a mis espaldas, debían de ser ataúdes, aunque no pude confirmarlo. Algunos angoleños se habían congregado en las aceras y aplaudían, en

tanto que los soldados cubanos levantaban con júbilo los fusiles y las gorras.

La determinación de Castro para perseverar en los principios que inspiraron la revolución de 1959, y que habían comenzado a desmoronarse en Europa tras la caída del Muro de Berlín, tuvo un significativo reflejo en la iconografía del cuartel general de las tropas cubanas en Luanda, levantado sobre un promontorio en la salida hacia Futungo de Belas y el majestuoso palmeral en las riberas del río Cuanza, del que habla Agostinho Neto en un hermoso poema. La pancarta con la consabida proclama de «patria o muerte, venceremos», rotulada junto a un retrato de Che Guevara que reproducía, en metal, la famosa fotografía de Korda, fue sustituida por otra que decía, simplemente, «socialismo o muerte». Completada la retirada de las tropas, el carismático general Ochoa, que había sido su comandante en jefe, se despidió de los representantes extranjeros acreditados en Luanda. Era imposible imaginar en ese momento que a su regreso a Cuba le aguardaba un proceso semejante a los del estalinismo, saldado con una condena a muerte que el régimen castrista se apresuró a ejecutar antes de que el mundo reaccionara. El desarrollo del juicio y la dureza de las penas para unos delitos que parecían inventados para la ocasión se ajustaban con escalofriante precisión a la descripción de los procesos soviéticos que había leído en un libro de Annie Kriegel, publicado por Javier Pradera en la editorial Alianza antes de la muerte de Franco.<sup>2</sup> Como en el caso de muchos otros jóvenes opuestos a la dictadura, la fotografía de Che Guevara también colgó de la pared



de mi cuarto. Mis dudas sobre su figura comenzaron cuando leí, primero fascinado, y después sobrecogido, el episodio de Eutimio Guerra en *Pasajes de la guerra revolucionaria*. Acusado de traición por otro guerrillero en Sierra Maestra, la disputa va subiendo de tono hasta que Guevara decide zanjarla descerrajando un tiro en la nuca al sospechoso, para que, según explica, dejara de sufrir. Las noticias sobre el proceso y ejecución del general Ochoa, despedido como un héroe en Luanda, me llegaron cuando me encontraba distante del universo ideológico y sentimental de la Revolución cubana, pero me ratificó en que no había retorno.

Las vivencias que me deparó aquella época de inusitada intensidad no acabaron, con todo, al decir adiós a Luanda y a los amigos que hice allí, y que nunca he dejado de recordar con afecto y una irremediable nostalgia. Después de aquellos años en una ciudad sitiada, sometida a un toque de queda a cuyo amparo tenían lugar noche tras noche las escaramuzas entre las tropas del gobierno y la guerrilla, sin electricidad ni agua corriente, mi deseo era reencontrar la normalidad en alguna anodina capital europea, donde seguir trabajando sobre los problemas de la historia de España que me venían ocupando desde que salí de la universidad. No fue el caso: en septiembre de 1991 dejé Luanda y fui enviado a Moscú, una ciudad por la que circulaban innumerables rumores después de que el impulsor de la perestroika, Mijaíl Gorbachov, hubiera sido depuesto brevemente el mes de julio anterior por una conspiración de los servicios secretos y el ejército. Gorbachov recuperó su puesto en el

Kremlin, pero no su poder, que recayó en manos de Borís Yeltsin tras encabezar la oposición de la Federación Rusa al golpe de Estado y conseguir detenerlo al cabo de unos días. Yeltsin no pretendía disolver la Unión de Repúblicas creada por Lenin, sino, a lo sumo, cambiar sus principios a través de una Comunidad de Estados Independientes que abriera las puertas al capitalismo o, por mejor decir, a lo que la nomenclatura de la época entendía por capitalismo, una devastadora mezcla de darwinismo político, económico y social. Pronto estallaron guerras civiles y conflictos entre las diferentes repúblicas segregadas de la URSS, que fui conociendo a partes iguales por la prensa occidental y por los refugiados de origen español que llegaban a Moscú solicitando ayuda, antiguos niños de la guerra evacuados por la Segunda República y, en muchos casos, separados para siempre de sus familias. La Guerra Mundial y la ruptura del pacto germano-soviético obligó a un primer aplazamiento de su retorno. Después, los impedimentos procedieron del Partido Comunista, que soñó con convertirlos en dirigentes de una futura España soviética. Por último, el turno le llegó al régimen de Franco, que, presionado por el secretario general de Naciones Unidas, U Thant, a quien, ya adultos, los niños de la guerra se habían dirigido pidiendo auxilio, hubo de aceptar de mala gana su retorno.

Los que regresaron gracias a los buenos oficios de U Thant advirtieron, sin embargo, que su drama no tenía reparación: distanciados del afecto de sus familias en unos casos y, en otros, hastiados de sobrellevar la deliberada hostilidad con que los recibió la dic-

tadura, decidieron reintegrarse al país que el azar de haber embarcado en un buque y no en otro siendo niños convirtió en el suyo. Aquí, sin embargo, les esperaba una última prueba. Como me dijo en una ocasión Conchita, una mujer cuya excepcional sensibilidad había conseguido sobrevivir a la sordidez de los tiempos más siniestros del socialismo real, muchos de aquellos hombres y mujeres que, como ella, mantenían intacto el deseo de regresar a España, encontraron que los rublos con los que contaban para realizar su sueño en la vejez, ahorrados durante toda una vida sentados sobre la maleta, según su estremecedora expresión, apenas si alcanzaban tras el colapso soviético para pagar un almuerzo en un restaurante de Bilbao, de donde era originaria. Ella y su hermano habían perdido a su madre mientras huían de un bombardeo, y fueron unos soldados republicanos quienes, al encontrarlos desamparados junto al cadáver, los habían llevado hasta el puerto para que partiesen rumbo a los campamentos infantiles organizados por el gobierno vasco en Francia, Inglaterra y la Unión Soviética. Tardaron más de quince años en localizar al padre, de quien no sabían nada en el momento de dejar España. Este había rehecho su vida después de una larga estancia en la cárcel, al desesperar de no tener noticias de la anterior familia que separó y destruyó la guerra. La emoción del reencuentro, según me contó Conchita, no permitió revocar la evidencia de que la historia, esa historia que, como decía Camus, unos hombres padecen mientras que otros la hacen, los había convertido en extraños, seres más reales en el recuerdo que en una presencia sin

correspondencia con las remotas imágenes antes de la separación. Desengañado, su hermano había renunciado a la nacionalidad española después del reencuentro con el padre, optando por el estatuto de apátrida. Conchita, por su parte, prefirió seguir fiel a su condición de refugiada solo para mantener la de española. Mientras permaneció en activo trabajó como escultora, gracias a unas dotes artísticas fuera de lo común que le permitían, entre otras cosas, interpretar al piano obras de Mozart, Bach y Chopin sin haber estudiado en un conservatorio ni ser capaz de leer una partitura, solo de oído. La perestroika, para ella, representó un cruel desgarró, y no por su adhesión al régimen o los ideales comunistas. «Me he pasado la vida esculpiendo las estatuas de los tiranos que ahora están derribando», me dijo en una ocasión. «La alegría de verlos caer es el único consuelo de que estén destruyendo el trabajo de toda mi vida.»

En diciembre de 1991, apenas tres meses después de haber llegado a Moscú, el sistema comunista daba signos de un agotamiento definitivo, acosado por la ineficacia y la acción política de Yeltsin y otros presidentes de las repúblicas federadas. El poder que durante setenta y cuatro años había gravitado sobre el Kremlin y la Lubianka, la sede del KGB, se desplazaba progresivamente hacia otras instancias informales, de las que comenzaban a surgir las incipientes mafias rusas. Aplicado a la realidad soviética de la época, el concepto de *mafia* indujo a errores de interpretación que se perpetuaron durante las décadas siguientes, haciendo de Rusia y de su régimen un enigma indescifrable. En Italia, donde surgieron, las

mafias eran organizaciones que parasitaban el Estado. Convertido en una estructura tan impotente como vacía en regiones como Sicilia o Calabria, o bien ejecutaba la voluntad de los clanes familiares a través de funcionarios corruptos, o bien convivía resignadamente con ella, incapaz de garantizar la vigencia de la ley. El fenómeno que empezó a fraguar en los estertores del sistema comunista, y que se desarrollaría de forma incontrolada una vez liquidado, respondía, por el contrario, a una regresión feudal: las mafias no surgieron de parasitar el Estado soviético sino de apropiarse privadamente de sus estructuras, fragmentándolo. Los responsables de cada sector de actividad, desde la distribución de alimentos a la producción de petróleo, pasando por todos y cada uno de los ámbitos de una economía que, según el modelo de planificación centralizada, estaba enteramente en manos del Estado, se fueron haciendo dueños efectivos de las estructuras que dirigían en el momento del colapso. Yeltsin en el Kremlin no era sino un señor entre otros señores, con los que debía medir sus fuerzas para asegurar el precario equilibrio del conjunto. La repentina irrupción de Vladímir Putin, deponiendo a Yeltsin y ocupando su lugar en apenas veinticuatro horas, fue un asalto al Kremlin desde la Lubianka, donde el nuevo hombre fuerte había estado esperando el momento oportuno. A diferencia de Yeltsin, Putin no aceptaba compartir sus prerrogativas: no aspiraba al equilibrio feudal sino al dominio absoluto, y de ahí que el programa que aplicó desde su llegada al viejo palacio de los zares se redujera a reconstruir un solo poder. El antiguo modelo comunista de partido

único había naufragado, si bien Putin no tomó nunca distancias. El modelo de nuevo cuño debía extraer la lección: se celebrarían elecciones, pero sin garantizar el pluralismo.

A primera hora del 25 de diciembre comenzó a circular la noticia de que el presidente del Sóviet Supremo y secretario general del Partido Comunista, Mijaíl Gorbachov, presentaría su dimisión. La degradación política tras el golpe de agosto había hecho de Gorbachov una figura paradójica. Mientras que el mundo lo consideraba un socio imprescindible en las grandes iniciativas internacionales y lo admiraba, su margen político interno se reducía a atender visitas protocolarias, como la que realizaron por aquellas fechas a Moscú el cantante Sting y el líder indígena Rahoni, inmersos en una gira mundial para preservar la Amazonia. Cuando finalmente se concretó la información, subí a casa de un amigo, Ángel Lossada, que vivía dos plantas más arriba en mi mismo edificio de la calle Karove Val, frente a una gigantesca estatua de Lenin. Ángel había encendido la televisión antes de que yo llegara y buscaba la emisión con creciente intranquilidad, debido a que la programación de los cinco canales de la radiodifusión estatal, la única que existía entonces, permanecía indiferente al acontecimiento que mantenía al mundo en vilo. Como en cualquier otra fecha, se sucedían concursos, danzas folklóricas, imágenes de fábricas y campos mostrando los progresos del socialismo real. Al final, solo una de las emisoras retransmitió el discurso, porque, según nos dijeron, la CNN tenía prohibido acceder a la señal en directo y ofreció pagar los derechos.